

ADIÓS A MARILÚ

Domingo 9 de marzo a las 23:30 horas. Suena mi celular. Siento inquietud. Era Marité Cena, amiga entrañable de Marilú Pelento, para avisarme que nuestra amiga acababa de fallecer.

Hacía varias semanas que Marilú luchaba con una insuficiencia respiratoria, de larga data, que finalmente le ganó la batalla.

Los que estuvieron cerca en ese momento transmitían consuelo: se mantuvo lúcida hasta el final, pero muy cansada.

Finalmente se durmió, y sobrevino el merecido descanso.

Todos sintieron que se trataba de un anhelo: descansar.

También comentaron que durante su proceso de internación, se encargó de cuidar a sus seres queridos que la acompañaban con dolor e impotencia. Propio de esos momentos donde se vislumbra la ineludible despedida.

Yo le debo a Marilú mi formación como analista de niños ya que supervisé y estudié con ella durante treinta años.

Pero no es en ese aspecto donde radica mi mayor deuda.

Yo crecí al lado de ella: Me acompañó con su palabra atenta e interesada en todos los momentos vitales que se atraviesan en la vida adulta: las penas de la crianza, las inseguridades profesionales, las pérdidas, las dudas, las crisis, la salud.

Siempre estuvo ahí, presente con su frase característica: ¿Cómo estás querida, como están los chicos, y Dany?

No recuerdo ningún encuentro (semanal y muchas veces fines de semanas de cenas y almuerzos) donde no haya comenzado con esta frase, que transmitía una contención única y paleaba las soledades propias del vivir.

Escribo estas palabras en primera persona, contando mi relación con Marilú porque ella tenía la virtud de construir vínculos de cercanía tal, que uno se sentía único para ella.

Pero no quiero pecar de arrogante, ya que de esta particular modalidad de acercarse al otro, se nutrieron, cientos de analizados, alumnos, supervisados y sobre todos padres que acudieron a su escucha inteligente y cálida, en esa búsqueda de respuestas dolorosa implicada en toda consulta por un hijo.

Nadie tenía esa escucha. Siempre me admiró la memoria para registrar mínimos detalles tanto de sus pacientitos como de los que supervisaba. Era única.

También era una lectora voraz, estudiosa actualizada de autores que iba descubriendo en su curiosidad intelectual sin límites.

Así fue adquiriendo una cultura vasta y diversa ya que amaba, no solo el psicoanálisis, sino la literatura, la historia, la filosofía, la sociología, etc. Fue mucho más que una psicoanalista brillante. Fue por sobre todo una humanista.

Y toda esta sapiencia la compartió generosa y humildemente, en infinidad de grupos de estudios y escritos.

Fue asesora científica de múltiples Congresos y Coloquios y de la Carrera de Especialización en psicoanálisis con Niños.

Recibió reconocimientos múltiples de infinidad de entidades políticas y culturales como de Abuelas de Plaza de Mayo y premios como el Konex.

Y su práctica, también trascendió las fronteras del consultorio psicoanalítico: se comprometió con la lucha por los derechos humanos, sus actuaciones en la restitución de chicos de la dictadura, sentaron jurisprudencia.

Trabajó con chicos en los márgenes a través de Fundaciones y con Jóvenes delictivos.

Asesoró el trabajo en escuelas marginales. Creó (junto a otros), Referencia Buenos Aires, institución psicoanalítica.

Y me debo estar olvidando de muchos más espacios donde Marilú trascendió y se volvió un referente único tanto en el psicoanálisis de niños como en las humanidades en general.

Pero seguramente, lo más trascendente de su persona es que así como hay una Marilú propia en mi historia, todo aquel que se encontró con ella, tiene su propia historia íntima que contar. Un privilegio.

Marilú, extraño tu: “¿Hola querida, ¿cómo estás?”.

Todos los que te conocimos lo extrañamos.

E invito a los lectores, como si este fuera el movimiento final de una sinfonía única, que cuando se encuentren con estas palabras, le profesen un sostenido y sentido aplauso de pie, como se despide a un grande.

¡Chapeaux Marilú!

Silvia Morici
14 de junio, 2014